



## ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL ARTÍCULO<sup>1</sup> DE DIEGO GUERRERO

Antonio Doctor

### ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

Me han impresionado poderosamente las conclusiones a que llega Diego Guerrero en su trabajo "Reflexiones sobre la teoría del valor..." publicada en el número 4 de Laberinto. Me han impresionado pero no me han sorprendido, no me han chocado. Leí "El Capital" hace más de 30 años íntegramente, sin mentores ni preconceptos y tomando notas. Ni poseía entonces ni poseo ahora el bagaje matemático para seguir a Diego. Diríamos que toco de oído y que la línea melódica me resulta más que familiar, a pesar de los arreglos. Sé que la catástrofe se avecina y sé que puede explicarse por esos terrenos por los que entra Daniel. Me faltaba ese desarrollo lógico. Algunas reservas tengo, pero no sé si son por el contenido o por la forma, esto es, por el lenguaje que se usa, dado que desconozco todos esos trabajos que Daniel cita en el primer capítulo "Algunas novedades sobre la economía crítica en España" y no sé cuál es el alcance de ese concepto "economía crítica" (¿crítica a la economía clásica?, ¿crítica también a la crítica marxista?), ni se de qué ortodoxia habla. Cuando conozca esos textos que cita (es mi propósito buscarlos) puede ser que ya no me encuentre tan "en casa" como con el artículo de Daniel. Pero, como ya apunté, la línea melódica me es familiar, y quiero creer que lo que me suena chirriante son los arreglos. Por eso, y porque mi aportación no "entra" en el texto de Daniel, sino que se elabora con las herramientas que me son propias, puede ser hasta que no estemos en sintonía. De momento, mantengo "las espadas en alto", por así decir, hasta un examen más detenido. Pero vaya por delante que no consigue interesarme mucho, sobre todo, de cara a mi acción en el entorno obrero en el que me muevo, la controvertida cuestión de la formación de los precios a partir del valor de las mercancías. Me da la sensación de que se trata, para los críticos al capitalismo, que respetan y valoran el camino emprendido por los economistas clásicos, con Marx como máxima expresión, de defender la teoría del valor, permanentemente atacada por la legión de pragmáticos, movidos por el viento, como las veletas, que surgen como hongos con los vaivenes históricos del capitalismo, y a quienes yo no me molestaría en intentar convencer, ni siquiera combatir. Partiendo de que la teoría del valor nace de una crítica a la economía política, y no de la búsqueda de soluciones (siempre transitorias y reversibles, como el keynesianismo) a los problemas que van surgiendo, veo una frontera claramente delimitada entre los investigadores serios que van hasta sus últimas consecuencias, y los que en algún punto del camino abandonan la rigurosidad y dejan paso a una más cómoda y rentable subjetividad, que les lleva a aterrizar, unos en la apología del capitalismo, otros en una condena moral acompañada de recetas para domesticarlo.

---

<sup>1</sup> Se trata del artículo "Reflexiones sobre la teoría del valor y de la crisis económica capitalista desde una perspectiva crítica" publicado en el número 4 de esta revista (en Noviembre de 2000).



Siempre he defendido el carácter científico de los trabajos de Marx referidos, tal como Guerrero, a su crítica de la economía política. Asumo totalmente las cuatro primeras tesis. Creo que Marx ha sido para el desarrollo posterior del capitalismo hasta llegar a la actual “globalización”, con todo lo que determina tanto en la micro como en la macroeconomía, lo mismo que Einstein a la moderna navegación espacial. La única diferencia es en el trato subjetivo: En la segunda, el descubridor es el mentor, el apoyo, el guía. En la primera, se actúa renegando del descubridor. Pero en ambos campos por igual, las leyes enunciadas han sido y son ratificadas por los hechos.

Pero no quiero descuidar la aportación de Marx a la filosofía. Por hacerlo rápido y plástico: Hasta Marx los debates filosóficos aparecían, para la mayoría de los espectadores como un campo de opiniones encontradas: Fulano que ve las cosas de esta manera y Mengano que las ve de esta otra, Fulano desmintiendo a Mengano o Fulano respondiendo a Mengano. Fulanos y Menganos que se inscribían en sus respectivas escuelas o corrientes. Globalizando: cerebros en acción. Después de Marx, ya no vemos a esos cerebros actuando libremente, sino condicionados por la época en que vivieron, comprendiendo las vicisitudes históricas que atravesaron y el nivel de desarrollo en que se encontraban las ciencias. Convidarnos a encuadrar las corrientes filosóficas en la época y lugar en que nacieron ya es aportar algo, y de primer orden, a los estudios filosóficos.

## LA VACUNA

Sin mucho conocimiento de cálculo, conservo en la memoria las líneas generales del esquema de la reproducción ampliada. El desarrollo técnico altera constantemente la composición orgánica del capital, con el crecimiento relativo del trabajo muerto sobre el vivo en el valor de la mercancía, siendo éste el motor de la caída tendencial de la tasa de ganancia, tendencial porque la propia dinámica del capital origina una serie de frenos. Todo esto concuerda con lo que veo y he visto a mi alrededor (trabajo en la industria desde hace 53 años, he trabajado en varios países y he pasado por empresas de diversos tamaños, con 19 trabajadores y con 25.000). Globalmente considerado, los robots, autómatas, etc., que han aumentado enormemente la productividad del trabajo humano, no han producido (**como era de esperar** y mal que pese a todos los que entonces estaban fascinados por el espejismo keynesiano, alimentado por el ascenso al poder de la socialdemocracia en los países punteros del capitalismo) reducciones de la jornada de trabajo, sino por el contrario, la prolongación de la misma (si no legalmente, con horas extraordinarias, hoy generalizadas en las empresas con tecnología punta) precisamente alegando que son equipos muy caros, que hay que amortizar rápidamente, antes de que el trepidante desarrollo técnico los torne obsoletos, sin haber terminado su vida útil. En cuanto a la presión sobre el trabajador, tomo un ejemplo de mi entorno laboral: una fábrica de automóviles, donde se aplica el sistema de trabajo MTM, que persigue constantemente lo que, referido al trabajo manual, se llama “optimización de los recursos humanos”, esto es, que el trabajador, sea en la cadena de producción, sea en máquinas herramientas, no disponga de ningún “tiempo muerto”, como se dice en la jerga del sistema, o sea, que todos sus movimientos durante la jornada de trabajo sean creadores de valor. Y que conste que esto sigue siendo así, incluso después de lanzar la campaña del “fin del taylorismo” y poner en práctica las que denominan “nuevas formas de organización del trabajo”, con el “trabajo en equipo” como nave capitana.

En suma, con el paso del tiempo, aquella lectura de “El Capital” y lo que le siguió entonces lo he llegado a ver como una especie de vacuna que me inmunizó contra las mil y una veleidades que hicieron su aparición en esa coyuntura única e irrepetible, que



atravesó el capitalismo tras la segunda guerra mundial, cuando coincidieron una fase expansiva y la necesidad de protegerse de un enemigo que ya no actuaba solamente desde el púlpito o la tribuna, denunciando las lacras del capitalismo, sino que además disponía de un arma teórica, se extendía por todo el mundo y contaba con el aparente respaldo de un poderoso estado, armado hasta los dientes. ¿Quién no recuerda, de la década de los sesenta y principios de los setenta las apologías al "Estado de bienestar", las extrapolaciones que nos presentaban un futuro, no solo con pleno empleo, sino con reducciones de jornada de tal magnitud, que facilitarían el aumento del nivel cultural de los obreros y darían otro sentido al tiempo de ocio, por lo demás, en permanente crecimiento? ¿Quién no recuerda las tabarras que nos daban con "el modelo sueco"? Las fantasías se acumulaban, llegando hasta vaticinar, a partir del desarrollo de una pretendida "función social de la empresa" (asumida ya por cierta izquierda como un hecho social indiscutible, equiparable a la "función evangelizadora de la Iglesia") una delirante "revolución de los gerentes", que borraría definitivamente la diferencia entre capitalismo y socialismo.

Por mi parte, vacunado, como dije más arriba, contra esas ilusiones, veía pasar ante mí todo aquello sin comprender cómo es que sus autores lo creían, máxime cuando muchos de ellos se mostraban conocedores de la obra de Marx, y la citaban sin recato alguno. En las empresas en las que trabajé sentía, en el día a día, el omnímodo poder de la dirección, y el trato directo con los empresarios o sus representantes no hacía más que corroborar, una y otra vez, la veracidad de la lección aprendida: que las exigencias de la acumulación de capital modelan a los individuos (Gerentes, Directores, capataces, etc.) y acaban transformándolos en portavoces de las mercancías. Éstas son las que poseen las cualidades, los hombres se las han traspasado y se han quedado sin ellas. Al final, acaban por considerarse a sí mismos como mercancías y muy pocos son ya hoy los que se rebelan al oír lo de "cada hombre tiene un precio". Incluso para muchos ésta es la principal diferencia entre unos y otros.

He pertenecido a un Comité de empresa y he tratado directamente con cargos altos y medios. He podido comprobar hasta la saciedad las consecuencias de este fenómeno. Frente a un obrero, en defensa de los intereses de la empresa, necesitan dominar la situación desde el principio y llevar las discusiones por el camino trazado por ellos. Su fuerte es, naturalmente, el regateo, y traducir a costes monetarios toda y cualquier reivindicación que se plantee. Pero si se les pone en apuros, sin provocaciones, simplemente con razonamientos basados en otra lógica que no la que quieren imponer y empiezan a notar que la situación se escapa a su control, no encuentran por lo general otro camino que el de erigirse en jueces de la naturaleza humana, utilizando el rasero de la mezquindad, el egoísmo, etc. para "hacerte ver" que vives en una nube, y que tus representados sólo quieren dinero, cuanto más mejor. Es frecuente que introduzcan lo del precio de cada uno. En suma, destapan toda su miseria moral e intelectual, y todo para intentar llevarte de nuevo al terreno del dinero y el regateo, el único donde se sienten fuertes.

## **SOBRE HEGEL**

Hay otra cuestión que me inquieta algo en esas tesis: el uso del "hegelianismo" en tono que a mi me parece peyorativo. Yo tengo mi particular visión de esa especie de juego de espejos deformantes Marx-Hegel, Hegel-Marx, que tanta tinta inútil ha vertido. Mi proceso fue este: Con 26 años leo "El capital" sin referencias anteriores ni preconceptos, tomando notas, incluso críticas. Esto me lleva al Manifiesto, la "Miseria de la filosofía", "La ideología alemana" y los "Cuadernos..." de su juventud. Las tesis



sobre Feuerbach espolean mi interés hacia éste primero, y Hegel después. Primero la "Fenomenología y después la llamada "Gran Lógica", ésta me envía a Aristóteles, éste a Platón y de aquí al resto de los griegos de importancia.

Me he preguntado a veces por qué la lectura de Marx me impulsó a entrar por esos terrenos, en vez de por los económicos, buscando el complemento o la reafirmación de lo leído con los antecesores de Marx, como Ricardo o Adam Smith. En este campo, para mí Marx era suficientemente claro y no necesitaba confirmación, lo que me torturaba era el brutal contraste entre su afán investigador y sus esfuerzos por no dejar cabos sueltos y la burda superficialidad teñida de moralina a que lo reducían los que me rodeaban, sobretudo los que se consideraban comunistas e incluso marxistas. No, no me preocupó desde el primer momento si ese era o no el retrato fiel del capitalismo, sino la dificultad de los bienintencionados comunistas confesos para avanzar en el conocimiento de aquello que predicaban, para tomar una actitud, en principio crítica, y seguir investigando. En una palabra, sentía que lo suyo era idolatría, o sea, lo más opuesto a una actitud abierta, dispuesta a dar y recibir crítica. Y a efectos prácticos, que era lo que más me interesaba, aquello era un muy pobre bagaje para viajar al interior de la clase obrera.

En aquellos tiempos (hablo de la época de los 60) para los comunistas de mi clase social, es decir, obreros, Hegel era la cosa seca de la tesis, antítesis y síntesis, y de los crecimientos cuantitativos que, en un momento dado dan origen a un salto cualitativo. Esto era como el unguento milagroso que sirve para explicar todo. Naturalmente nadie había leído a Hegel. Sólo se seguían las consignas del miembro del partido que recorría las células impartiendo doctrina.

Yo a mi aire, haciendo honor al "pensar por sí mismo", leyendo en mi tiempo libre, en el autobús camino de la fábrica y a ratos, en el taller, sobre todo 3 años que trabajé de noche, haciendo retén por si surgía alguna avería en las máquinas en las que se trabajaba de noche. ¿Qué vi en Hegel, sin partir de nada, sin preparación ni estudios de ninguna clase?

Lo principal, seriedad y rigurosidad en la exposición. Que no da un paso sin haber colocado antes la baldosa para poner el pie. Que no usa un concepto sin haberlo caracterizado antes. Que tiene verdadera pasión por la construcción, el movimiento, el desarrollo. Lo que más me marcó de la Lógica es el vuelco que le da a la seca y estéril exposición de la lógica formal, tal como se viene haciendo desde la Edad Media. Pone en la picota la enumeración de juicios y silogismos, su clasificación hecha como quien clasifica huevos por su tamaño, y la tentativa de mantenerla en la memoria con esas reglas nemotécnicas conocidas (me supongo que todavía hoy) por los estudiantes de filosofía. Coge ese mismo material y lo coloca en un campo dinámico, como cosas que se van transformando en otras. La evolución va en un sentido: de lo simple e inmediato a lo complejo y mediatizado. Empezamos con la simple percepción sensorial: esto es blanco (vista), o acre (paladar), o blando (tacto), etc., como juicios positivos, que Hegel coloca dentro de su primera esfera, la de los que llama "juicios de existencia". A seguir, paso a paso va desgranando las conversiones de cada juicio en otro superior hasta llegar al "juicio apodíctico" (por usar su mismo ejemplo: *"la casa, construida así y así, es buena"*), la forma más elevada del **juicio** que da paso al **silogismo**. Así, entre el juicio positivo hasta el apodíctico hay un largo, muy largo camino, que pocos son (parto de mi observación empírica) los que recorren en su totalidad.

Tal como hace Marx con el material que fue estudiando de los economistas anteriores a él y contemporáneos, como ha hecho notar Guerrero, (otro aspecto que celebro que recuerde Guerrero sobre los procedimientos de Marx, por la importancia



que tiene y por lo olvidado que está: valorizar los descubrimientos y análisis por su valor intrínseco, vengan de quien vinieren) se puede hacer con Hegel. Así, los arabescos (para mí fascinantes desde la primera lectura) que dibuja Marx en su exhaustiva disección de lo que es la mercancía en los primeros capítulos del primer tomo de "El Capital", pueden ser todo lo hegelianos que se quiera, al decir de algunos autores, pero tienen la virtud de no dejarte escapatoria alguna. Allí está, tanto explícita como implícitamente, la potencialidad que encierra la **mercancía**, el nido de la serpiente que hoy, adulta, a tantos horroriza; a tantos, hay que decirlo, que no han querido, o sabido, o podido, recorrer ese camino citado más arriba.

Hegel convida a aprender a pensar, a colocar bajo nueva luz lo que ya conocemos o creemos conocer. "Lo conocido, precisamente por serlo no es re-conocido", dice en "La fenomenología del espíritu". No entendí el 90 % del libro, pero estas perlas se me quedaron grabadas. En aquellos años imperaba en el movimiento comunista internacional la doctrina del "materialismo científico", de la oposición entre idealismo y materialismo, entre lógica formal y lógica dialéctica. La lógica formal era el instrumento de dominación de la burguesía, mientras que la dialéctica era la nuestra, la de los comunistas. Pobre Hegel, si levanta la cabeza y ve sus mimadas categorías clasificadas también como los huevos de tamaños diferentes.

## **CUANDO EMPEZAMOS A ECHAR EN FALTA HASTA LO QUE CRITICÁBAMOS**

Pero no todo era descabellado en aquellos tiempos de delirio, cuando había que medir hasta las más simples palabras para no ser acusado de idealista o metafísico. Yo estaba de acuerdo en que hay que aprender a pensar, que lo que sale de la escuela burguesa no es formación, sino deformación. Había un fondo de verdad en todo aquel aparato conceptual y doctrinal (tenía que haberlo impepinablemente porque se trabajaba con el material proporcionado por dos monstruos del saber como habían sido Hegel y Marx), pero yo encontraba pocos que estuviesen dispuestos a separar conmigo la paja del trigo. Y no se puede decir que no los busqué.

Pasó la onda. La mayoría de aquellos comunistas no quieren recordar su pasado. Hasta aquel prometedor planteamiento "hay que aprender a pensar" se fue al carajo. Como tantas y tantas veces, la renovación arrojó al sumidero el niño junto con el agua sucia de bañarlo. Podemos consolarnos diciendo que los caminos de la historia, parodiando a los del Señor, son inescrutables y puede reventar la revolución contra la tiranía de la mercancía sin intervención de los viejos mitos, o mejor, de las viejas verdades, infelizmente mitificadas, transformadas en historia no repetible. Yo soy al respecto bastante escéptico: Lo que vemos hoy (los documentos del Forum Social Mundial de Porto Alegre, que se está celebrando cuando escribo estas líneas, son una guía excelente para formar una visión del conjunto) de forma dominante es una heterogénea retahíla de críticas a las consecuencias del capitalismo y una suma de resistencias puntuales y localizadas. La mayoría de las recetas que se ofrecen para combatir el mal no ponen abiertamente en cuestión ni la democracia parlamentaria ni la propiedad privada de los medios de producción. Lo suficiente para que no represente una amenaza real al capitalismo. Poco importa la magnitud y extensión de la protesta. Globalmente los problemas no son tratados desde la dicotomía formada por culpable y víctima, sino desde un vago "arreglemos el mundo", dirigido a un interlocutor indefinido.

En lo que podríamos llamar "etapa anterior", cuando estaba vivo y coleando el movimiento comunista había una permanente alerta roja para el capitalismo que traía de



cabeza a militares, terratenientes y capitanes de banca e industria. Con todas sus divisiones internas había un denominador común en todo el movimiento comunista: propagaba el combate al capitalismo (lo que ya englobaba todo eso que hoy aparece disperso) y ponía en cuestión la democracia burguesa, considerada como algo transitorio, propio del capitalismo. En una palabra: se iba a la raíz, y por eso tenían (y tienen aún, ahí está el ejemplo de Yugoslavia) que combatir a muerte todo lo que siga oliendo a comunismo.

La ecuación es fácil de hacer: La deforestación de Amazonas: afán de lucro; la caza de especies protegidas: afán de lucro; el mal de las vacas locas: afán de lucro; las peligrosas manipulaciones genéticas: afán de lucro; el tráfico de emigrantes: afán de lucro, y así podríamos seguir hasta llenar muchas páginas. Salta a la vista, pues, que con lo que hay que acabar es con el afán de lucro como motor de la producción y distribución de bienes y, por extensión, impulsor del tráfico de todo lo que encuentre una demanda solvente, sea lo que fuere. Y si hay quien dice que ese afán es consustancial al ser humano, y acabar con él requiere acabar con una buena parte de la humanidad, yo le convido a razonarlo, no a pedirme que lo de por sentado sin análisis alguno, sólo por la magnitud que ha adquirido.

O se acepta este elemento unificador y nos lanzamos de nuevo a combatir el capitalismo con todas las de la ley, esto es, sin obviar que las superestructuras políticas y jurídicas forman parte del mismo, son criaturas suyas y no entes independientes, o, como dice Guerrero en los últimos párrafos, asistirán a alguna conmoción, con guerra o sin ella, de la que es muy posible que salga...más capitalismo.

De cualquier manera, con este capitalismo o con otro posterior, si llegamos en este ¡arre burra! ¡so burra! en que nos encontramos ahora, a una situación en la que empiece a manifestarse seriamente la carencia de los bienes que hoy seguimos despilfarrando, a pesar de todos los avisos, yo no me engaño respecto al futuro: si escasea el petróleo, sólo habrá coches para los ricos, si falta el agua, sus piscinas serán protegidas por pistoleros, y si se multiplican las revueltas contra esto o contra aquello, en la misma pauta que las que vemos hoy, es decir, espontáneas y localizadas, sin un objetivo revolucionario global, serán aplastadas una y otra vez por pistoleros. Que esta situación no podría prolongarse mucho tiempo, que los pistoleros también acabarían por rebelarse, que sería imposible matar tanto descontento, etc. etc. ya lo sé. Pero eso pertenece a otro futuro posterior.

Recuerdo una anécdota que leí en algún libro en los años de la guerra fría. En una reunión de magnates en Norteamérica uno de los que fabrican armas se entusiasmó: **"¡Imaginar cuanto subirían mis acciones si estallara la tercera guerra mundial!"**; a lo que alguien respondió **"¿durante cuántos segundos?"**.

No sabemos lo que respondió el otro, porque la gracia de la anécdota es que acabe ahí. Pero no es de extrañar que lo calificase de aguafiestas por traer a colación un futuro más lejano que aquél en el que quería detenerse. ■